

el que mas faltas habia cometido, Menou, obstinándose en retardar la entrega de Alejandria, fué todavia útil, como vamos á ver á los intereses de la Francia. Este fué mas adelante su consuelo y tambien su disculpa para con el primer consul.

Cuando las tropas destacadas en Ramanieh, volvieron al Cairo, hubo que deliberar sobre la conducta que habia de seguirse. El general Belliard, mas prudente que resuelto, era por su graduacion el comandante en gefe, y como tal convocó un consejo de guerra. Quedaban cerca de siete mil hombres de tropas activas, mas de cinco ó seis mil hombres enfermos, heridos y empleados en el ejército. La peste continuaba haciendo estragos; habia poco dinero, escaseaban los víveres y era preciso defender una ciudad de un inmenso circuito, para cuya defensa no bastaban siete mil hombres, sobre todo no estando las fortificaciones construidas de tal modo que pudiesen resistir al arte de los ingenieros europeos. Verdad es que la ciudadela presentaba un reducido, pero este era insuficiente para recibir á doce mil franceses, y no podia resistir el fuego de la artillería gruesa de los ingleses. Semejante puesto era bueno solamente para guarecerse de la poblacion del Cairo. Quedaban evidentemente dos cosas que hacer: ó intentar por medio de una marcha atrevida descender al Bajo Egipto, sorprender allí el paso del Nilo, é incorporarse á Menou en el camino de Alejandria, ó bien retirarse á Damietta, lo cual era mas seguro y mas facil, sobre todo á causa de la multitud que nuestras tropas tenian que llevar consigo. Allí debian hallarse nuestros soldados en medio de lagunas

que no comunicaban con el Delta sino por lenguas de tierras muy estrechas que podian defender por mucho tiempo siete mil hombres del ejército de Egipto, contra un enemigo dos ó tres veces superior. Estábamos seguros de vivir en una grande abundancia de todas cosas, pues la provincia estaba llena de ganados, la ciudad de Damietta de granos, y el lago Menzaleh de los mejores pescados muy á propósito para el alimento de las tropas. Puesto que ya no se trataba de otra cosa sino de capitular, Damietta permitia retardar por lo menos seis meses este triste resultado. El oficial de ingenieros Hautpoul propuso esta prudente resolucion; pero para seguirla era preciso tomar un partido difícil, el de evacuar el Cairo. El general Belliard, que algunos dias despues fué capaz de entregar esta ciudad á los enemigos por una deplorable capitulacion, no lo fué en aquel dia de evacuarla voluntariamente á consecuencia de una resolucion militar, fuerte y habil. Se decidió, pues, á quedar en esta capital del Egipto sin saber lo que iba á hacer en ella. Por la orilla izquierda del Nilo, los ingleses y turcos subian de Ramanieh al Cairo; por la derecha el gran visir seguido de veinte y cinco á treinta mil hombres reclutados de entre las malas tropas orientales, venia por el lado de la Siria y avanzaba tambien sobre el Cairo por el camino de Belbeis. Acordándose el general Belliard de los trofeos de Heliópolis, quiso marchar al encuentro del visir por el camino que habia seguido Kléber, y salió á la cabeza de seis mil hombres, avanzando hasta la altura de Elmenair, que se halla á dos jornadas de distancia. Envuelto frecuente-

mente por una nube de caballeria, enviaba de-
tras de ella su artilleria ligera, la cual, dejó fue-
ra de combate á algunos soldados, pero fué este
el único resultado que pudo obtener, los tur-
cos bien dirigidos esta vez no querian aceptar
una batalla como la de Heliópolis, y por consi-
guiente no habia mas que un medio de alcanzarlos
y era marchar á quitarles su campamento de Bel-
beis. Pero recibido á tiros el general Belliard por
todas las poblaciones, veia á cada paso crecer el
número de sus heridos, y aumentarse la distancia
que le separaba del Cairo, y temia que los ingle-
ses y turcos se apoderasen de él durante su
ausencia. Preciso hubiera sido preveer este peligro
antes de salir, y averiguar si habia tiempo de
hacer la travesia de Belbeis. El general Belliard
que habia salido del Cairo sin saber lo que iba
á hacer, volvió á esta ciudad del mismo modo,
despues de una operacion sin resultado, y que lo
presentó como vencido á los ojos de toda la po-
blacion. A egemplo de todos los pueblos reciente-
mente sometidos, los egipcios volvian las espal-
das con la fortuna, y aunque no estaban descon-
tentos de los franceses, se disponian á abando-
narlos. Sin embargo, no habia que temer insur-
reccion alguna, á menos que se quisiera condenar
á la ciudad del Cairo á los horrores de un sitio.

Disgustado el ejército francés con las humi-
llaciones á que le esponia la incapacidad de los
generales, anhelaba vivamente regresar á Fran-
cia. Si un general resuelto y hábil le hubiese
dado el ejemplo que dió Massena á la guarnicion
de Génova, lo habria seguido inmediatamente,
pero nada de esto podia esperarse de un general

como Belliard. Estrechado sobre la ribera izquier-
da del Nilo por el ejército anglo-turco proceden-
te de Ramanieh, y sobre la derecha por el gran
visir que le habia acompañado paso á paso, ofre-
ció al enemigo una suspension de armas que fué
vivamente aceptada, porque los ingleses busca-
ban menos la gloria que la utilidad, y lo que mas
anhelaban era la evacuacion del Egipto; siéndo-
les indiferente el medio que para ello se em-
pleara. El general Belliard reunió un consejo de
guerra, en el seno del cual se abrió una discusion
viva y horrascosa, suscitándose graves y sentidas
qujas sobre aquel comandante de la division del
Cairo, que no habia sabido ni abandonar esta
ciudad á tiempo para ir á tomar posesion en Da-
mieta, ni mantenerse en esta capital del Egipto,
por medio de operaciones bien concertadas; que
no habia discurrido cosa mejor, que hacer una ri-
dicula salida para combatir al visir, sin lograr al-
canzarle, y que hoy no sabiendo que partido to-
mar, venia á preguntar á sus oficiales si convenia
negociar ó perecer, cuando ya habia resuelto la
cuestion por si mismo con la abertura espontánea
de las negociaciones.

Tales fueron los cargos y las reconvenciones
que le dirigieron con acrimonia, principalmente
el general Lagrange, amigo de Menou y parti-
dario acérrimo de la conservacion del Egipto. Al
general Lagrange se unieron los generales Va-
lentin, Duranteau y Dupas, sosteniendo viva-
mente todos tres que por el honor del pabellon
era preciso combatir á todo trance. Desgraciada-
mente no se podia hacer esto sin crueldad para
el ejército, y sobre todo para la numerosa pobla-

cion de enfermos y empleados adheridos á su suerte. Nuestras tropas tenian delante de sí mas de cuarenta mil enemigos, sin contar los cipayos, que desembarcados en Cosseir, iban á bajar el Nilo con los mamelucos, hechos infieles desde la muerte de Murad-Bey. A su retaguardia habia una poblacion semi-bárbara, de trescientas mil almas, atacada por la epidemia, amenazada por la miseria y dispuesta ya á sublevarse contra los franceses. El circuito que se debia defender era demasiado estenso para ser guardado por siete mil hombres, y demasiado débil para resistir á los ingenieros europeos, siendo por tanto fácil empresa apoderarse de él por medio de un asalto, y su guarnicion y colonia corrian el inminente riesgo de ser pasadas á cuchillo. En vano algunos oficiales aguerridos hacian escuchar el grito del honor indignado; rendirse era el único recurso. Queriendo el general Belliard mostrarse dispuesto á todo, hizo examinar de nuevo la cuestion sobre si convendria retirarse á Damietta, cuestion entonces muy tardia, ó si seria preferible retirarse al Alto Egipto. Esté último partido era insensato, y estaba reducido á emplear los medios astutos que sugeria la debilidad para evitar la confusion y vergüenza bajo la apariencia de temeridad. Quedó, pues, resuelto que se capitularia; y no se podia hacer otra cosa á no ser degollados todos juntos á consecuencia de un ataque á viva fuerza.

Marcharon comisionados al campamento de los ingleses y de los turcos á fin de negociar una capitulacion. Los generales enemigos aceptaron esta proposicion con alegria, pues tanto era lo que temian

aun en aquel momento, un reves de fortuna, y accedieron á las proposiciones mas ventajosas para el ejército. Se convino en que se retiraria con los honores de la guerra, con armas y bagages, con su artilleria, sus caballos y cuanto poseia en fin; que se trasladaria á Francia y seria mantenido durante la travesia á espensas de la Inglaterra. Aquellos egipcios que querian seguir al ejército (y de estos habia crecido número de comprometidos por sus relaciones con los franceses) estaban autorizados á incorporarse á él, y tenian ademas la facultad de vender sus bienes.

Esta capitulacion fué firmada el 27 de junio de 1801 y ratificada el 28 (8 y 9 de mesidor del año IX). El orgullo de los soldados veteranos de Egipto y de Italia sufria cruelmente, pues iban á entrar en Francia, no como entraron en 1798, despues de los triunfos de Castiglione, Arcola y Rivoli, envanecidos con su gloria y con los servicios hechos á la república, iban á entrar vencidos; pero al fin volvian á su patria, y para aquellos hombres que habian sufrido tan largo destierro, era una alegria involuntaria que les hacia olvidar sus desgracias. Habia en el fondo de las almas una satisfaccion que nadie confesaba, pero que se veia pintada en todos los semblantes. Los gefes solamente estaban pensativos y cabizbajos pensando sin duda en el juicio que formaria el primer consul de su conducta. Los despachos con que acompañaban la capitulacion dejaban traslucir la mas humillante ansiedad, y para portadores de ellos se escogió á los hombres que por sus actos personales estaban mas exentos de toda censura: fueron estos el oficial de ingenieros Hautpoul y el direc-

tor de la pólvora Champy que tan útiles habían sido á la colonia.

Menou se había encerrado en Alejandria, y lo mismo que á Belliard no le quedaba otro recurso que rendirse. No podia haber entre uno y otro mas que una diferencia de tiempo. La peste hacia algunas víctimas en Alejandria; y escaseaban los víveres á consecuencia de la falta que se había cometido en no hacer las provisiones de sitio. Verdad es que las carabanas árabes, atraídas por el lucro, llevaban allí todavía carne, leche, y algunos granos: pero faltaba trigo, y era preciso emplear arroz para hacer pan. El escorbuto disminuía diariamente el número de hombres que se hallaban en estado de servir. Los ingleses, para aislar completamente la plaza, habían proyectado verter el lago Madieh en el lago Mareotis medio desecado, envolver á Alejandria en una masa de agua continua, y cercarla además por multitud de lanchas cañoneras. Al efecto habían hecho una cortadura en el dique que va de Alejandria á Ramanieh, y que forma la separacion de los dos lagos; pero como la diferencia de nivel no era mas que de nueve pies, se verificaba lentamente la operacion de vaciar las aguas de un lago á otro, pero esta operacion, que hubiera sido buena si hubiese conducido á separar al general Belliard del general Menou, no ofrecia ya la misma utilidad desde los sucesos del Cairo, y si estendia la accion de las lanchas cañoneras, tenia para los franceses la ventaja de cerrar el frente de ataque, sin privarles de sus comunicaciones con las carabanas; porque la larga playa de arena sobre la cual está situada Alejandria, comunica por su es-

tremo occidental con el desierto de Libia. Los ingleses quisieron completar pronto el cerco, y páro esto embarcaron tropas en sus lanchas, y vinieron á mediados de agosto, (fin de termidor) á ejecutar un desembarco no lejos de la torre de Marabut, y hasta emprendieron el sitio en regla, del puerto de este nombre. Desde este momento, la plaza completamente cercada no podia tardar en rendirse.

El desgraciado Menou reducido así á la inaccion, teniendo espacio para pensar en los muchos yerros que había cometido, y abrumado por la censura universal, se consolaba, sin embargo, con la idea de una resistencia heroica, como la de Massena en Génova. No se descuidó en participarla al primer consul, pintándola con todos los colores que pudieran hacer resaltar el mérito de aquella memorable defensa. Los generales Damas y Reynier habían quedado sin tropas en Alejandria donde no supieron guardar ni aun en aquellos últimos instantes la conducta prudente y decorosa que la conveniencia exigia. Menou mandó prenderlos una noche con gran ruido y embarcarlos para Francia; pero este acto de vigor fuera de tiempo, produjo poco efecto, pues aunque el ejército en su buen sentido censuraba severamente á Reynier y Damas, no apreciaba á Menou, y la única gracia que le concedia era no odiarle. Escuchando friamente sus proclamas, en las que anunciaba la resolucion de morir antes que rendirse, estaba dispuesto si era preciso á batirse á todo trance, pero no creia en semejante necesidad: comprendia demasiado bien las consecuencias de lo que había pasado en el Cairo, para no entrever

una capitulacion próxima; y en Alejandria como en el Cairo, se consolaba de sus reveses con la esperanza de volver pronto á Francia.

Desde aquel dia, ninguna otra cosa importante señaló la presencia de los franceses en Egipto, y la expedicion pudo mirarse hasta cierto punto como terminada. Admirada esta expedicion, como un prodigio de audacia y de habilidad por los unos, ha sido considerada por los otros como una brillante quimera, principalmente por los que afectan pesar todas las cosas en la balanza de la fria razon.

Este último juicio bajo el colorido de la prudencia, es en el fondo poco sensato y justo.

El mismo Napoleon en su larga y prodigiosa carrera, no imaginó nunca cosa mas grande y que pudiese ser mas verdaderamente útil. Indudablemente, si se piensa que no hemos conservado siquiera el Rin y los Alpes, preciso es decir que aun cuando hubiésemos ocupado quince años el Egipto, nos lo habrian arrebatado mas tarde como nuestras fronteras continentales, y como esa antigua y bella posesion de la Isla de Francia, que no debiamos por cierto á las guerras de la revolucion. Pero si fuese licito juzgar de este modo los sucesos, podriamos muy bien preguntar si la conquista de la línea del Rin no era tambien una locura y una quimera. Para juzgar como es debido semejante cuestion, es necesario suponer por un instante terminadas nuestras largas guerras de diferente manera que lo han sido, y preguntar si en este caso la posesion del Egipto era posible, deseable y de grandes consecuencias. Planteada asi la cuestion, la respuesta no puede ser dudosa. En primer lugar, Inglaterra estaba casi resig-

nada en 1801 á concedernos el Egipto mediante ciertas compensaciones. Estas compensaciones que se habian dado á conocer á nuestro plenipotenciario, nada tenian de exorbitantes. Es indudable que durante la paz marítima que siguió, y cuya conclusion daremos pronto á conocer, el primer consul, previendo la brevedad de esta paz, habia enviado á las bocas del Nilo inmensos recursos en hombres y en material, y que el brillante ejército que pasó á Santo Domingo en busca de una indemnizacion de la pérdida del Egipto, habria puesto por mucho tiempo al abrigo de todo ataque á nuestro nuevo establecimiento. Un general como Decaen, ó Saint-Cyr, que hubiese unido á la esperiencia de la guerra el arte de administrar, disponiendo, ademas de los veinte y dos mil hombres de la primera expedicion que quedaban en Egipto, de los treinta mil que perecieron inútilmente en Santo Domingo, colocado con cincuenta mil franceses y un inmenso material, bajo un clima sano, sobre un suelo de una fertilidad inagotable, cultivado por hombres sometidos á todos los señores, y no teniendo jamás su fusil cerca de su arado, un general, decimos como Decaen ó Saint-Cyr, hubiera podido con tales medios defender victoriosamente el Egipto, y fundar en él una soberbia colonia.

El triunfo era incontestablemente posible. Nosotros añadiremos que en la lucha marítima y comercial, que sostenian una contra otra Francia é Inglaterra, la tentativa era hasta cierto punto indispensable. Inglaterra en efecto, acababa de conquistar el continente de las Indias, y darse de este modo la supremacia en los mares del Orien-

te. La Francia hasta entonces su rival, ¿podía ceder, sin disputarla, semejante supremacia? ¿No debía luchar siquiera por corresponder á su gloria y á su destino? Los políticos no pueden contestar aquí de otro modo que los patriotas. Si, era preciso que tratase de luchar en aquellas regiones del Oriente, vasto campo de la ambicion de los pueblos marítimos, y que tratase de hacer allí una adquisicion que pudiese equilibrar las de los ingleses. Admitida esta verdad, que se busque en todo el orbe, y se nos diga, si habia una adquisicion mas á propósito que el Egipto para el objeto que se proponia. Ella equivalia por sí sola á las mas hermosas provincias, ella interesaba á las mas ricas, á las mas fecundas, á aquellas que suministran la mas amplia materia al tráfico lejano. Ella traia al Mediterráneo, que era nuestro mar entonces, el comercio del Oriente; ella era, en una palabra, un equivalente de la India, y de todos modos era el camino que á ella conducia. La conquista del Egipto, era pues, un servicio inmenso para Francia, para la independencia de los mares y para la civilizacion general. De esta suerte, como puede verse en otra parte, fué codiciado nuestro triunfo mas de una vez en Europa, en esos cortos intervalos de tiempo en que el odio no turbaba el espíritu de los gabinetes. Para semejante objeto, valia la pena perder un ejército, y no solamente el que se envió la primera vez á Egipto, sino los que se enviaron despues á perecer inútilmente en Santo Domingo, en las Calabrias y en España. ¡Pluguiese al cielo que en los arranques de su vasta imaginacion, no hubiera concebido Napoleon empresas mas temerarias!

LIBRO ONCE.



Paz general.

Ultima é infructuosa salida de Ganteaume.—Toca en Derne, no se atreve á desembarcar dos mil hombres que llevaba á bordo, y retrocede hácia Tolon.—En la navegacion se apodera del navio *Swiftsure*.—El almirante Linois, que se dirigia de Tolon á Cádiz, se vé obligado á anclar en la bahia de Algeciras.—Combate de Algeciras.—Sale de Cádiz para ir á socorrer á la division Linois una escuadra compuesta de franceses y españoles.—Entrada en Cádiz de las escuadras combinadas.—Combate á retaguardia con el almirante inglés Saumarez.—Fatal engaño de dos buques españoles, que merced á la oscuridad de la noche, tómanse mutuamente por enemigos, combaten desesperados y vuelan hechos pedazos.—Brillante hecho de armas del capitán Troude.—Corta campaña del príncipe de la Paz contra Portugal.—La corte de Lisboa comisiona á un enviado que vaya á Badajoz á asegurar está dispuesta á someterse á lo que dispongan de comun acuerdo Francia y España.—Estado de los negocios europeos desde el tratado de Luneville.—Influencia cada día mayor de la Francia.—Estancia en Paris de los infantes de España destinados á reinar en Etruria.—Mr. Otto y lord Hawkesbury vuelven á entablar la negociacion de Lóndres.—Nuevo modo de establecer la cuestion por parte de los ingleses.—Piden se les entreguen Ceylan en las Indias, la Martinica ó la Trinidad en las Antillas y Malta en el Mediterráneo.—El primer consul responde á sus pretensiones amenazándolos con que conquistaria á Portugal y aun haria un desembarco en Inglaterra si era necesario.—Viva polémica entre el *Monitor* y los periódicos ingleses.—El gabinete británico